

REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIFICACIÓN Y LA IDENTIDAD

Pst. Ma. Elena Fuentes Martínez.

INTRODUCCIÓN

El término identidad proviene del latín *identitas* que significa: "igualdad", "estado o condición de ser idéntico", "sentido de ser uno a distinción de otros", "ser lo que uno es". El concepto de identidad puede aplicarse en forma individual, colectiva, social, cultural, etc., surgiendo términos tales como *identidad del yo*, *identidad cultural*, *identidad étnica*, *identidad profesional*, etc. Si se enfoca el concepto a un nivel personal, la identidad puede entenderse como el sentido de individualidad, continuidad, invariabilidad, mismidad y originalidad de uno mismo.

El tema de la identidad implica un estudio muy amplio que puede ser abordado desde diferentes disciplinas y enfoques teóricos psicológicos y sociales, pudiendo abarcar éste varias connotaciones como puede ser la identidad cultural, la identidad sexual, la identidad de género, identidad nacional, etc., objetivos que están fuera del alcance del presente trabajo, en donde se busca un aporte restringido a algunas reflexiones sobre el tema, desde el marco psicoanalítico.

Hablar de identidad implica hablar de identificación y de los procesos que se desarrollan en la construcción de la misma, pudiendo considerarse a ésta como el resultado de los procesos introyectivos y proyectivos (Segal, 1987) desarrollados a partir de las relaciones con los objetos. Al respecto, Laplanche y Pontalis (1996) consideran distintos alcances de la palabra identificación: el sentido transitivo (correspondiente al verbo *identificar*) y el sentido reflexivo (correspondiente al verbo *identificarse*). Así la construcción de la identidad, el sentido que tiene todo ser humano de sí mismo, requiere en un primer momento de identificar a los objetos del mundo que son introyectados y desde esta identificación puede entonces el sujeto identificarse.

Por identificación entendemos el acto o proceso de asemejarse a algo o alguien en uno o varios aspectos del pensamiento o conducta. La identificación es a la vez un proceso que permite tolerar la pérdida de un objeto, pues el yo ante la pérdida de un

objeto introyecta la carga de ese objeto perdido, y así ese objeto pasa al yo, se internaliza, se hace un objeto interno que va conformando el núcleo del sí mismo. Freud se refiere a la identificación como el lazo afectivo más temprano, es decir a la relación primaria con la madre. Aquí podemos comprender la importancia de la identificación en el proceso de desarrollo, pues en sus relaciones tempranas, el bebé va identificándose con elementos que le son significativos, elementos cargados de afecto, y a partir de estas identificaciones se va estructurando.

LOS PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN

Al hacer un seguimiento de los artículos de Freud encontramos que en Totem y Tabú (1912) y en Duelo y Melancolía (1915) establece el concepto de incorporación oral, mostrando especialmente su función en la melancolía, en la cual el sujeto por regresión a la relación objetal típica de la fase oral, se identifica de modo oral con el objeto perdido.

En Introducción al Narcisismo (1914) establece el concepto de Narcisismo y la dialéctica que se da con la elección de objeto narcisista y la identificación, pues la primera remite a como el objeto se elige sobre el modelo de la propia persona, y la segunda, el sujeto se constituye según el modelo de sus objetos anteriores, padres o personas significativas.

En Psicología de las masas y análisis del yo (1920), distingue y señala a la identificación como la forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto. Así, Freud hace referencia a dos formas de identificación: la identificación primaria que es la forma más primitiva de lazo afectivo con un objeto; esta relación está evidentemente marcada por el proceso de incorporación en la fase oral, que desde un principio es ambivalente. También se refiere a una identificación secundaria, en donde se aspira a configurar al yo propio a semejanza del otro (toma al padre como su ideal) tomado como modelo, siendo el complejo de Edipo su máxima expresión.

En 1923 habla de instancias al referirse a los procesos mentales y al aparato psíquico, en *el yo y el ello* (1923) señala que el yo sustrae libido al ello, transforma las investiduras de objeto del ello en conformaciones del yo, dando a entender que ahí ocurre algo, que hay un lugar con una ley diferente. Se habla pues de espacios, de

lugares, de ahí el nombre que se le da a la parte topográfica. Se refiere a espacios que se llenan con algo, con funciones y relaciones, con objetos y sus vínculos con ellos, pues todo acto psíquico tiene un sentido, una intención, y esta intención va dirigida hacia otro, hacia un objeto ya sea este interno o externo.

En un primer momento entonces, la actividad del ser humano está regida por el proceso primario; el bebé tiende a una libre derivación de la excitación, pero esto no satisface su necesidad que viene de dentro; a través de sus experiencias de satisfacción registradas el bebé alucina el pecho de la madre, pero esta tentativa por satisfacerse alucinatoriamente no es suficiente, la necesidad y la tensión persisten y se intensifica el hambre y el pequeño sujeto tiene que hacer un rodeo que lo lleve a la satisfacción adecuada de la necesidad dando acceso al proceso secundario, que toma en cuenta la realidad (1911).

De igual manera R. Spitz (1983) hace referencia a una identificación primaria y una secundaria, la identificación primaria consiste en que el infante experimenta todo lo que en su medio le permite satisfacer la necesidad (la satisfacción del impulso) como parte de su propia persona, de su propio cuerpo, fuera del cual no existe nada. La etapa segunda es la identificación secundaria, que comienza en la segunda mitad del primer año de vida. En el curso de esta etapa, el niño adquiere técnicas y dispositivos mediante los cuales logra la independencia de la madre y tolera la pérdida de los objetos perdidos por medio de la identificación con éstos.

Se puede conceptualizar entonces a la identificación primaria como un estado y a la secundaria como un mecanismo. Se trata de un proceso inconsciente que da por resultado una modificación del yo, y presupone que al menos se haya segregado ya de la totalidad indiferenciada que opera en el período de la identificación primaria un yo rudimentario. Aquí se puede considerar nuevamente la importancia de la función materna, pues cuando la madre hace difícil la identificación primaria al rehusar vivir y dejar vivir al niño la experiencia de la relación satisfactoria obstruye dos logros importantes de su desarrollo, el de la formación del yo y el de las identificaciones secundarias.

La madre así, funciona como un “yo auxiliar” (en términos de Winnicott) para el bebé, pues le ayuda a integrar tanto los estímulos como las representaciones de sí mismo y de los demás, y a adquirir un yo sano, hasta tanto el bebé logre desarrollar sus capacidades innatas de síntesis e integración. Las fallas en esta función materna

son vividas por el bebé como una experiencia subjetiva de amenaza que va a obstaculizar su desarrollo normal.

Tenemos entonces que en el estudio de las relaciones objetales partimos de lo biológico, lo corpóreo, de la satisfacción de necesidades alimenticias para llegar a lo psicológico, a otro tipo de necesidades que van aparejadas a lo biológico y que establecen las primeras relaciones con un objeto, siendo el paradigma de todo vínculo de amor, el pecho materno.

Por otra parte, desde la psicología de las relaciones de objeto, Melanie Klein (1955) y W. Bion (1962) harán luego más énfasis en toda la experiencia que el bebé va internalizando y que conformará su mundo interno. El niño percibe su cuerpo a través de sus propias sensaciones, siente hambre, siente un cólico, hace una representación de su propio cuerpo. Ve a la madre y su respuesta, ésta le va poniendo nombre a lo que él siente, recibe su dolor, su ansiedad y se la devuelve metabolizada, y el niño se va percibiendo como un ser psíquico y no meramente corporal, pues estas sensaciones internas del bebé forman el núcleo de su ser, alrededor del cual se establecerá desde la relación con el “otro” un sentimiento de identidad.

La introyección y la identificación son las fases preliminares de la elección de objeto, y la primera forma ambivalente en su expresión utilizada por el yo para escoger un objeto. La construcción del objeto interno se inicia así en la primera relación con la madre. El bebé incorpora partes del objeto, se identifica con esas partes y se vive una relación con ese objeto; va haciendo pequeñas identificaciones tales como: lo que mamá hace, lo que da, los pequeños y constantes actos en el trato y cuidados diarios, todo esto va formando el yo y el objeto con el que se relaciona este yo en desarrollo. El niño introyecta así estas características de su objeto cuando aún no existe una diferenciación entre el objeto y el sujeto. Cuando se pierde al objeto o se proyecta al mundo exterior y se busca luego reintroyectarlo, se le reincorpora con todos los sentimientos ambivalentes de amor y odio resultantes de tal abandono, y entonces este objeto que se reintroyecta puede hacerlo en el yo o en el super-yo.

Podemos observar entonces como cuando el bebé siente displacer, hambre, no puede dormir, llora y patalea, se siente perseguido por sensaciones terroríficas de dolor y no sólo un dolor físico, proyecta estas sensaciones al mundo externo, como partes ajenas a él, hasta que la madre se introduce dentro de él a través de alimentarlo, junto con la palabra y su actitud en su relación con el niño y puede este dormir,

tranquilizarse. La leche-pecho-madre es el elemento estructurante, mamá como objeto bueno es el elemento estructurante, que está ahora dentro de él. La ha incorporado y junto con esto ha incorporado una cualidad buena con la que se identifica y que pasa a formar parte de su mundo interno. La introyección lleva así a la identificación, siendo esta pues, el resultado de los procesos de introyección y proyección.

En la introyección no existe aún la completa diferenciación entre las representaciones del sí mismo y del objeto, el afecto es intenso y difuso. Cuanto más temprana es la introyección, más fantásticos son los objetos introyectados, y más distorsionados están por lo que se ha proyecta en ellos. Sin embargo, a medida que prosigue el desarrollo y se acrecienta el sentido de realidad, los objetos internos se aproximan más a las personas reales del mundo exterior. El yo se identifica con algunos de estos objetos, son asimilados por él y contribuyen a su desarrollo y características.

Todas las experiencias que el sujeto va experimentando a lo largo de su desarrollo son introyectadas, proyectadas y reintroyectadas. La introyección, identificación e identidad del yo, van conformando así la secuencia progresiva de esos procesos de internalización.

Bion (1962) por su parte, en su teoría del pensamiento postula que por medio de una función, que denomina función alfa, la madre real y luego la madre internalizada, ejercen la función de pensar por el bebé. La madre con su capacidad de reverie procesa las sensaciones y experiencias de ansiedad del bebé; estas experiencias que denomina elementos "beta" están destinadas a ser evacuadas, pero al ser contenidas y metabolizadas por la madre pueden ser transformadas en experiencias capaz de ser pensadas. Este proceso va formando en el niño un aparato para pensar pensamientos, un aparato que crea los pensamientos necesarios para ser operados dentro y desde un proceso que llama "pensar", dándole al bebé un estatuto de ser pensante.

PSICOPATOLOGÍA EN LOS PROCESOS DE IDENTIFICACIÓN

En la literatura psicoanalítica encontramos referencia a una serie de formas de identificación, tanto las ya mencionadas que se relacionan con la estructuración del aparato psíquico y de la personalidad, como las patológicas a las que ahora se hace

referencia. Las identificaciones patológicas son producto de alteraciones en el proceso de internalización del objeto, que reproducirán o cumplirán condiciones para la aparición de estados psicóticos, depresivos o maníaco depresivos, y que afectarán al más alto nivel de organización del mundo de las relaciones objetales que es la identidad.

Cuando la función materna de “yo auxiliar” resulta insuficiente, el niño puede recurrir a la construcción de un “yo auxiliar” falso del que él mismo se hace cargo, un “falso self”. De igual manera, cuando hay disconformidad con la personalidad adquirida y se busca lograr otra debido a sentimientos de envidia, se puede acudir a la identificación proyectiva, que es resultado de la proyección original del instinto de muerte, escindiéndose partes del yo y de los objetos internos que se proyectan en el objeto externo, que queda entonces poseído y controlado por las partes proyectadas, e identificado con ellas.

También se puede tener una identidad negativa, pues es preferible ser alguien perverso, indeseable, a no ser nada. Igualmente, se puede dar una identificación con el agresor adoptando las características de personalidad de quienes han actuado agresiva y persecutoriamente con el sujeto. Existen también seudoidentificaciones, que son expresiones manifiestas de lo que se quisiera o pudiera ser y que ocultan la identidad latente, la verdadera.

Entramos así al concepto de identidad. La incorporación como modelo biológico de ingerir, de poseer, lleva a la introyección primero de objetos parciales y luego totales, ésta lleva a la identificación y ésta a algo más ordenado y organizado, la identidad. Pero a veces sólo se llega a identificaciones, a relaciones de objeto parciales y no se accede a la identidad, a la síntesis de un objeto total y un yo integrado, y esto último es lo que permite dejar de ser el otro para ser uno mismo. La identidad del ser humano, la capacidad para diferenciar una representación de sí mismo y de los objetos, va a depender de los vínculos establecidos con los objetos primarios.

La identidad del yo comprende el concepto de mundo de las representaciones por una parte y el de sí mismo por la otra. Representa el más alto nivel de organización de los procesos de internalización. Se refiere así, a “la organización de las introyecciones e identificaciones, bajo el principio orientador de la función sintética del yo (Kernberg, 1989)”

Los procesos más importantes de la identificación tienen lugar en la primera

infancia, pero no cesan de producirse a lo largo de toda la vida. Hay un constante incursionar inconsciente hacia otras personalidades. La identidad es pues una característica de cada momento evolutivo que conlleva a un sentimiento interno de mismidad y continuidad, en donde los distintos períodos del desarrollo determinan diferentes integraciones de la identidad del yo. La integración general de la identidad del yo, que surge de todas estas identidades yoicas parciales, se concreta normalmente mediante una síntesis de éstas en una armoniosa estructura global (Kernberg, 1989), en la representación que todos y cada uno de nosotros tiene de sí mismo.

La representación del self es el conjunto de representaciones tanto conscientes como inconscientes de nuestra imagen corporal, nuestros instintos, representados en forma de deseos, nuestra imagen y autoconcepto; la valoración que tenemos de nosotros (autoestima), nuestras expectativas (ideal del yo) y nuestras limitaciones. Se constituye en lo que comúnmente llamamos "identidad" y tiene como características la permanencia temporal (uno siempre es el mismo a pesar del paso del tiempo), la cohesividad (uno tiende a ser el mismo aún bajo condiciones de presión) y un coloreo afectivo estable (uno se siente bien o mal con uno mismo). Una representación del self estable, presupone que no hay manera de confundirse con el otro, ni confundir al otro con uno mismo (Michaca, 1987).

Ordinariamente no pensamos acerca de nuestra identidad cuando hay una síntesis balanceada entre las imágenes centrales del ser, los límites del ser corporal, las representaciones del ser y del objeto diferenciadas la una de otra. Pero cuando ésta síntesis sufre un desequilibrio, se da una autoobservación ansiosa de estos procesos internos, o una confusión que puede llevar a la desintegración y pérdida de la identidad.

Margarte Mahler sienta la tesis de que los trastornos serios del sentido de la identidad, tanto de naturaleza transitoria como permanente son debidos a cambios catécticos masivos de este intrincado proceso regulador. En los cruces particulares de la autodiferenciación, tienen lugar cambios catécticos de tal magnitud que las contribuciones para y hacia nuestro sentido de identidad pueden disociarse y producirse un retraimiento narcisista, un cambio masivo de libido de las representaciones objetales a las representaciones del ser únicamente. O puede haber un vaciamiento de las catexis neutralizadas de las representaciones objetales y del ser, a favor de la catexis de órganos del cuerpo, como en las organoneurosis

psicosomáticas; o puede haber una redistribución catéctica masiva de energía no neutralizada hacia la representación de la parte sexual de la imagen del ser ocasionando una sobreestimulación prematura y grave que lleve a una sintomatología perversa polimorfa, como en los casos de fetichismo (Mahler, 1980).

Los procesos de identificación desarrollados durante la infancia mediante la incorporación de imágenes parentales buenas y malas van conformando el mundo interno del ser humano; un mundo que contiene las figuras formadas sobre el molde de las personas que primero amamos y odiamos en la vida, las que representan también aspectos de nosotros mismos; un mundo que no es una réplica del externo contenido dentro nuestro, sino un mundo de relaciones personales exclusivas que van adquiriendo su naturaleza de entidades distintas y separadas dentro nuestro a medida que podemos volvernos menos dependientes de ellas, pero el residuo de estas primitivas figuras conformarán las cualidades o características de nuestra identidad, que aparece como la culminación y ordenación de identificaciones con imágenes aisladas del pasado, pero actualizadas en base a una autodefinición (Riviere Pichón, 1985).

Para Erikson (1950) esta identidad remite al sentido subjetivo de la propia situación, continuidad y carácter que el individuo alcanza como resultada de las diferentes experiencias sociales que le atraviesan, ya que la identidad es un proceso no acabado, que tiene etapas críticas, y que está siempre en movimiento y estructuración.

En las diferentes coordenadas de la vida en el que el ser humano se desenvuelve y estructura, existen situaciones que empujan a un enajenamiento y por tanto a la pérdida de la propia identidad como sería la envidia, la competencia agresiva o el aprendizaje rígido basado en viejos modelos de identificación que no permiten el crecimiento y la consolidación de una identidad más nuestra y menos dependiente de esas primitivas relaciones objetales. Igualmente, hay otras situaciones como el análisis personal y la formación profesional, que permiten una mayor consolidación de nuestra identidad, pues brindan un espacio en el que es posible recuperar y hacer conscientes esas relaciones significativas que se viven a lo largo de la vida.

BIBLIOGRAFÍA

BION, Wilfred R. (1962). *Aprendiendo de la experiencia*. Argentina: Ed. Paidós.

CUELI, José y Lucy Reidl. (1979). *Teorías de la personalidad*. México: Ed. Trillas.

ERIKSON, E. (1950) 1980. *Infancia y sociedad*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Hormé.

FREUD, Sigmund (1911). *Los dos principios del suceder psíquico*. Obras completas Tomo I. Madrid, España, 1973: Ed. Biblioteca Nueva.

FREUD, Sigmund (1912). *Tótem y Tabu*. Obras completas Tomo II. Madrid, España, 1973: Ed. Biblioteca Nueva.

FREUD, Sigmund (1914). *Introducción al narcisismo*. Obras completas Tomo II. Madrid, España, 1973: Ed. Biblioteca Nueva.

FREUD, Sigmund (1915-1917). *Duelo y melancolía*. Obras completas Tomo II. Madrid, España, 1973: Ed. Biblioteca Nueva.

FREUD, Sigmund (1920-1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras completas Tomo III. Madrid, España, 1973: Ed. Biblioteca Nueva.

FREUD, Sigmund (1923). *El yo y el ello*. Obras completas Tomo III. Madrid, España, 1973: Ed. Biblioteca Nueva.

KERNBERG, Otto. (1989). *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*. México: Ed. Paidós.

KLEIN, Melanie (1930). *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo*. Obras completas Tomo II. Contribuciones al psicoanálisis. Buenos Aires, Argentina: Ed. Paidós-Horme.

KLEIN, Melanie (1934). *Contribución a la psicogénesis de los estados maníaco depresivos*. Obras completas Tomo II. Contribuciones al psicoanálisis. Buenos Aires, Argentina: Ed. Paidós-Horme.

KLEIN, Melanie (1940). *El duelo y su relación con los estados maníaco depresivos*. Obras completas Tomo II. Contribuciones al psicoanálisis. Buenos Aires, Argentina: Ed. Paidós-Horme.

KLEIN, Melanie. (1955). *Sobre la identificación*. Obras completas Vol. III. Buenos Aires, Argentina, 1987: Ed. Paidós.

LAPLANCHE Jean y Jean-Bertrand Pontalis. (1996). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona, España: Ed. Paidós.

MAHLER, Margaret S. (1980). *Simbiosis Humana: las vicisitudes de la individuación*. 2ª ed. México: Ed. Joaquín Mortíz.

MICHACA, Pedro. (1987). *Desarrollo de la personalidad. Teorías de las relaciones de objeto*. México: Ed. Pax.

RIVIERE Pichón, Enrique. (1985). *Psicoanálisis de la vida cotidiana*. Buenos Aires,

Argentina: Ed. Nueva Visión.

SEGAL, Hanna. (1987). *Introducción a la obra de Melanie Klein*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Paidós.

SPITZ, René A. (1983). *El primer año de vida del niño*. México: Ed. Fondo de cultura económica.

Pst. Ma. Elena Fuentes Martínez.
Psicoterapeuta Psicoanalítica
fmaelena@hotmail.com